

AP/1348

NOVENA

EN HONOR DE

San Marcial,

Discípulo de Cristo y Apóstol de Aquitania,
venerado en su Basílica de Gardero,
seguida de una pequeña biografía del Santo,

POR

Julio Moya, Presbitero.



LOGROÑO:

Imp. de los Sucesores de Federico Sanz, Estación, 2.

1900.

30-7-1920

NOVENA

EN HONOR DE

San Marcial,

Discípulo de Cristo y Apóstol de Aquitania,
venerado en su Basílica de Gardero,
seguida de una pequeña biografía del Santo,

POR

Julio Moya, Presbitero.



LOGROÑO:

Imp. de los Sucesores de Federico Sanz, Estación, 2.

1900,

Ref. n.º 739

GOBIERNO ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO

DE

CALAHORRA Y LA CALZADA.



Visto el juicio emitido respecto de su obrita "NOVENA EN HONOR DE S. MARCIAL, DISCÍPULO DE CRISTO Y APÓSTOL DE AQUITANIA," por el M. I. Sr. Censor, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad; y no conteniendo ésta nada contrario á la piedad cristiana y sana moral; autorizamos su impresión y publicación; aplaudiendo los sentimientos de celo que á V. animan por la Santificación de la feligresía de su cargo, mediante la propagación del culto de tan glorioso patrono.

Haga V. constar al frente de la obrita esta nuestra licencia y sírvase, una vez impresa, remitir dos ejemplares para archivarlos en la Secretaría del Obispado.

*Dios guarde á V. muchos años.
Calahorra 18 septiembre 1900.*

El Gobernador Eclesiástico,
Dr. Santiago Palacios y Cabello.

Sr. Cura Párroco de Lardero.

Á MIS AMADOS FELIGRESES.



Dignáos aceptar, mis queridos feligreses, el insignificante obsequio de este pequeño trabajo que me honro en dedicaros.

La ardiente piedad y la fé inquebrantable de vuestros católicos abuelos erigieron á S. Marcial una preciosa Basílica. No he podido averiguar la fecha, pero es lo cierto que han pasado ya desde entonces muchos años, y ni las revoluciones ni el tiempo han podido arrancar de vuestros nobles corazones esta devoción hereditaria á Santo tan esclarecido; antes, por el contrario, vuestro fervor y vuestra fé han sido de día en día más fuertes, más vigorosos, más enérgicos. ¡No sabeis cuánto halagan á mi alma las demostraciones de cariño y entusiasmo con que continuamente le festejais!

Porque es simpáticamente hermoso, mis amados hijos, ver cómo se conservan inmaculadas las tradiciones católicas de un pueblo, cómo conserva un buen hijo el relicario empapado de lágrimas que colgó á su cuello una madre moribunda; es altamente consolador para el espíritu recostar nuestros cansados miembros en los silenciosos muros del santuario que conservan todavía las plegarias de nuestros antepasados, los cuales, postrados de rodillas ante los altares que hoy visitamos nosotros, rezaron como reza el amor cuando expía una culpa: como reza el arrepentimiento cuando á Dios re-

torna, como reza la fé cuando se vé amenazada por los torbellinos del error; y es simpáticamente hermoso, y altamente consolador y siempre grato, encontrar en medio de las agitaciones del siglo un lugar tranquilo donde poder descansar de las fatigas de la vida y sentarnos, como Jacob, sobre la piedra de nuestras esperanzas, para depositar en ella, como en tabernáculo sagrado, nuestras tristezas, nuestras amarguras, nuestros dolores, nuestros suspiros y nuestras lágrimas.

Encantador y bello aparece vuestro campo cuando la primavera lo cubre de vistosas flores que parecen bordar la verde alfombra de vuestros sembrados; pero observad que en medio de conjunto tan encantador, se eleva dominándolo todo una santa casa, donde habita una flor más bella que todas las flores de vuestros campos, cuyo fino aroma y delicados perfumes dan la vida al corazón, haciéndole rebotar de un amor divino y de una felicidad celestial. ¡Dichosos vosotros si, penetrados de lo mucho que valen ese amor y esa felicidad, os consagrais por entero á imitar á S. Marcial! Si así lo haceis, tened por seguro que el Cielo será vuestra recompensa.

Acrescentar, pues, vuestra devoción hacia el Santo, robusteciendo vuestra fé y animando vuestra piedad y virtud es lo que se ha propuesto al escribir y ofrecer este humilde librito vuestro indigno párroco, que os ama en el Señor,

Julio Moya.

Lardero, festividad de S. Marcial, 30 de junio de 1900.



NOVENA

EN HONOR DE

SAN MARCIAL,

Discípulo de Cristo y Apóstol de Aquitania.



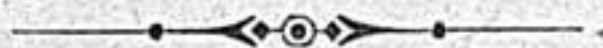
DÍA 1.º



Por la señal de la Santa Cruz, etc.

Acto de Contrición.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.



Señor de cielos y tierra, Dios de bondad y de amor, tierno y cariñoso Padre de los infelices hijos de Adán, que arrojados de nuestra patria suspiramos en este destierro de lágrimas y amarguras por la hora de nuestra ansiada libertad; humildemente prostrados ante vuestro divino acatamiento y llenos de confusión al ver oscurecida la hermosura de nuestras almas por las gasas de la culpa, confesamos

nuestra pequeñez y nuestras debilidades, reconociendo vuestro poder altísimo y vuestras infinitas perfecciones. Engañados por las delicias pasajeras del mundo y por las promesas fementidas de los hombres, corriendo ansiosos en pos de los placeres de la vida y de alegrías hipócritas que torturaban el corazón y amargaban nuestro espíritu, llegamos á olvidar el negocio más importante, como lo es el de la salvación eterna de nuestras almas; pero hoy ya, confusos y arrepentidos de nuestras ingratitudes, detestando nuestras culpas que nos alejaron de vuestra divina gracia, y levantando nuestro corazón y nuestro espíritu del fango inmundo de las pasiones mundanas, á Vos solo queremos consagrar nuestras potencias y sentidos, á Vos solo queremos amar, á Vos solo queremos servir, á Vos solo queremos dirigir nuestras oraciones, nuestros deseos y nuestros afectos, para que, haciendo de la virtud nuestro más rico patrimonio, como lo hiciera el discípulo de Cristo y apóstol de Aquitania, el glorioso S. Marcial, logremos, cumplida nuestra peregrinación sobre la tierra, las riquezas imperecederas de la gloria. Amén.

MEDITACIÓN PARA ESTE DÍA.

Humildad.



La virtud principal que debe adornar el corazón del hombre que aspira á la imitación de los santos es la humildad. Virtud del corazón y no de carácter

ó temperamento á que santa Teresa de Jesús llama la verdad, nos descubre nuestra nada y nos inspira los más bajos sentimientos respecto de nosotros mismos. Si el orgullo es el principio de todo pecado, la fuente de todas las demás virtudes es la humildad. «*¡Dichoso,—exclama S. Cirilo,—aquél que se abate, se humilla y se desprecia por Dios, porque el Señor le eleva, los ángeles le alaban, y en el día del juicio no se verá colocado á la izquierda!*» Por eso, á los que juzgan cobardes á los humildes, presentadles para su confusión el ejemplo que dió al mundo el Mártir del Gólgota, humilde siempre en medio de su infinita grandeza; á su santísima Madre, María Inmaculada, elevada á tal dignidad por haber sido humilde hasta la sumisión de esclava; á José, el hijo querido del patriarca Jacob, que mereció por su humildad ser nombrado primer ministro de Faraón.

La humildad se reconoce sierva, pero el Señor la confiesa señora; virtud practicada por todos aquellos que llegaron á la perfección, nos asegura por el apóstol Santiago que si nos humillamos en la presencia de Dios, El nos ensalzará porque se complace en la oración de los humildes y de los mansos, según se lee en el libro de Judit, está cerca de los que tienen el corazón atribulado y á los humildes de espíritu los salvará: así lo asegura David en su salmo 33.

El hombre humilde jamás confía en sus propias fuerzas, porque conoce la fragilidad de su naturaleza y cuan viciada quedó ésta desde la deshonor del pa-

raíso; ama el retiro y escoge los lugares más apartados del bullicio y de los placeres del mundo; no hace caso de los desprecios; pues se estima en lo poco que vale y jamás deja llegar á su corazón el veneno de la envidia, porque ocupando el último lugar se cree feliz, solazándose y alegrándose en las dichas y en la prosperidad de sus hermanos. Como el Centurión y el Hijo pródigo se reconoce indigno de los favores del Cielo, se oculta á las miradas de los demás como el publicano, repite como Gedeón que es el último de la casa de su padre, y no olvida que donde hay humildad allí hay también sabiduría (*Prov. XI-2*); que es mejor ser humillado con los mansos de corazón que partir despojos con los soberbios (*Prov. XVI-19*); y que el Señor levanta del polvo al mendigo y del estiércol ensalza al pobre para que se sienta con los príncipes y ocupe un trono de gloria (*I Reg. II-8*). A esta hermosa virtud están vinculadas las mayores recompensas: procuremos, pues, adquirir esa preciosa flor del jardín del Cristianismo y no dudemos que ella será el imán que atraerá hasta nuestro corazón á todas las demás. Ciertamente, si, como dice S. Gregorio de Nicéa, atendida la corrupción de nuestra naturaleza, no hay virtud más difícil de practicar que la humildad; pero por difícil que sea no es menos cierto que no podemos ser buenos cristianos si no somos humildes, y que si al soberbio le sigue la humillación, como se lee en el libro de los Proverbios (*XXIX*), la gloria recibirá en cambio al humilde de espíritu.

A los pies del Crucificado debemos buscar esta virtud: la Cruz es el gran libro de la humildad, y en la escuela de Cristo es donde la aprendió de modo prodigioso y admirable el glorioso S. Marcial. Busquemos, pues, el desprecio de nosotros mismos y no permitamos que los elogios turben nuestro espíritu ni que las humillaciones le contristen. Este es el heroísmo de la humildad inspirado por la santa locura de la Cruz. El heroísmo, es verdad, solo es patrimonio de las almas grandes; pero ya que no lleguemos á la mayor perfección, abracemos al menos aquella humildad, á la que las injurias no lisongean, pero que tampoco se deja inflar por las alabanzas; aquella humildad que no corre en busca de las afrentas, pero que sabe sufrirlas con resignación, y que si es algo flaca para amar y desear las injurias de los hombres, es muy cristiana para que se atribuya indiscreta los dones de Dios.

(Ahora se rezarán tres Padre nuestros con tres Ave Marías y Gloria Patri para alcanzar del Señor, por intercesión de S. Marcial, la humildad y la gracia especial que se desee conseguir en este Novenario.)

*Oración final á S. Marcial para todos los días,
véase al fin (pág.^a 47)*



DÍA 2.º

Por la señal etc. Acto de Contrición y oración preparatoria como el día 1.º

MEDITACIÓN PARA ESTE DÍA.

Celo.



El hambre y sed de justicia de que habló el divino Maestro en su sermón del monte (*Matt. V. 6.*) constituyen el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, al cual está reservada eterna bienaventuranza. «*El celo, dice el venerable Hugo, es aquel fervor de nuestro espíritu que nos inclina á aumentar la devoción á la divina gracia, al castigo de las culpas y á la compasión de las flaquezas de naturaleza en nuestros prójimos.*» S. Ambrosio enseña que hay dos clases de celo: el uno que conduce á la vida y el otro que conduce á la muerte: y que el que conduce á la vida consiste en observar los preceptos del Señor y por amor de su nombre guardar exactamente los mandamientos, como lo hizo Finéés.

El amorosísimo Jesús encendió este celo ardiente en el corazón de sus apóstoles y éstos lo ejercitaron buscando á las almas extraviadas. Pero no se crea que el celo es exclusivo de las almas escogidas, pues que Cristo ha hecho de él un deber y este deber lo

ha impuesto á todos y cada uno de nosotros «*Mandavit unicuique de próximo suo*» (*Eccl. XVII. 28*) y ha prometido tan espléndida recompensa, que ha dicho por boca de Daniel (*XII. 13*) que aquél que instruyere á los demás en los caminos de la justicia, brillará como las estrellas en la eternidad perpetua. Jamás como en nuestros tiempos ha sido tan imperiosa la necesidad del celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas: hoy más que nunca tiene la mentira apóstoles que la propagan con un empeño digno de mejor causa; el error habla, escribe, conspira y recluta prosélitos en todas partes y tiene á su disposición inteligencias sin número, fuerzas vivas y brazos poderosos que riñen sus batallas. Y cuando los hijos de las tinieblas se desviven por disputar á la religión del Crucificado el reinado de los corazones, nosotros, los discípulos de la Cruz ¿no sabremos hacer frente á esas doctrinas de perdición con las armas poderosas que nuestro capitán Cristo Jesús nos proporciona? Si verdaderamente blasonamos de hijos sumisos y obedientes de la escuela del Cristianismo, acordémonos del deber que sobre nosotros pesa de propagar la verdad, haciendo frente con un celo santo al celo impío de los hijos de Belial. Y no digamos que amamos á Dios si no nos ejercitamos en la práctica de esta virtud y de este deber, pues «*así como es imposible que haya fuego, donde no hay calor, así tampoco es posible, dice el angélico Santo Tomás, que haya amor de Dios, donde no hay celo por la salvación de las almas;*» y «*no creo pueda*

salvarse nadie, añade San Juan Crisóstomo, *que no consagre á eso todas sus fuerzas.*

Pero si es necesario y obligatorio en nosotros el ejercicio del celo, nada hay tampoco más fácil de practicar si nos revestimos del triple apostolado de la oración, del consejo y del ejemplo. Dios no nos exige discursos llenos de elocuencia, ni demostraciones brillantes de las verdades religiosas, ni trabajos extraordinarios, pues los sencillos aprovechan en él tanto ó más, que los que se titulan sabios, porque solo se necesita orar.

Acaso S. Pablo, la gran antorcha de la Iglesia, hubiera quedado sepultado en las tinieblas del judaísmo si no hubiera orado por él el protomártir S. Esteban: si Santa Mónica no hubiera rogado por su esposo y por su hijo, tal vez Patricio hubiera permanecido en la infidelidad y Agustín hubiera vivido siempre en la herejía y en el desorden: quizá San Francisco Javier no hubiera llegado á ser el San Pablo de la India si no hubiera ofrecido sus oraciones á Dios por él S. Ignacio de Loyola. Entre nosotros, pues, hay muchos Saulos que no han encontrado el camino de Damasco, muchos Agustinos impuros, muchas Marías de Magdalo que no tienen quien les conduzca á los pies del Cristo crucificado para lavarlos con sus lágrimas; però si todos estuviéramos penetrados de celo santo, podríamos y deberíamos desempeñar con nuestras oraciones el papel de Mónica para con nuestros semejantes.

Unid á las oraciones el consejo y vuestro celo será

mayor, y más grande vuestro mérito. Cierto que no todos habeis recibido la misión de evangelizar á vuestros hermanos, pero nadie os prohíbe que los exhortéis é instruyais. Como hijos de la luz no debeis temer en aconsejar á los demás, máxime cuando los hijos de las tinieblas se valen de la hipocresía, de la astucia, de la mentira, de la traición y del ultraje para sus inicuos fines: encontrareis siempre medios y ocasiones abundantes para ejercer este ministerio, pues unas veces el cariño, otras las simpatías y otras la sangre, os abrirán las puertas para aconsejar á vuestros parientes, á vuestros amigos y á vuestros conocidos.

Por último, al celo debe acompañar el ejemplo, poderoso imán para atraer corazones. Es hermoso, y grato á los ojos de Dios, orar por los extraviados y pensar que nuestro consejo puede hacer volver al redil á la oveja descarriada, pero de escaso mérito serían nuestras oraciones y consejos si no hablasen nuestras obras más que nuestras palabras en favor de la verdad y de la virtud: es hermoso explicar al hombre pecador las excelencias de la Cruz para reducirle á penitencia, pero es incomparablemente más bello llevarla sobre nuestros hombros ante nuestro hermano que la rehuye; bueno es que enseñemos la continencia, pero es mejor que nosotros seamos castos; de gran valor es á los ojos de Dios predicar la mortificación, pero vale mucho más si unimos á la predicación la mortificación de nuestros sentidos y de nuestros deseos. Copiemos del glorioso S. Marcial

el celo apostólico que tan admirablemente brilló en sus oraciones, en sus consejos y en sus ejemplos, y de esta manera seremos dignos de oír como Jehú, estas palabras del Señor: «*Por cuanto has hecho con celo lo que era recto y agradable á mis ojos, tus hijos hasta la cuarta generación se sentarán sobre el trono de Israel*» (4.º Reg. XI-30.)

(Ahora se rezarán tres Padre nuestros y Ave Marías con Gloria Patri para alcanzar del Señor, por intercesión de S. Marcial, el celo y la gracia especial que se desee conseguir en este Novenario).

*Oración final á S. Marcial para todos los días,
véase al fin (pág.^a 47)*

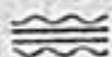


DÍA 3.º

Por la señal etc. Acto de Contrición y oración preparatoria como el día 1.º

MEDITACIÓN PARA ESTE DÍA.

Oración



La oración es, según S. Agustín, la defensa de alma, el placer de nuestro Angel bueno y tormento para el diablo; un obsequio agradable á Dios nuestro Señor, satisfacción religiosa, alabanza entera, gloria

perfecta, esperanza cierta y sanidad incorruptible; y el Crisóstomo la llama fuente y raíz de todos los bienes.

Que tenemos necesidad de orar lo prueban las palabras de nuestro adorable Salvador cuando dice en el Evangelio: «*Es preciso orar siempre y no desfallecer jamás.*» Siempre que nuestro pensamiento, nuestra voluntad ó nuestra acción se elevan hacia Dios ó reposan en El, hacemos verdadera oración: la hacemos cuando ejercitando nuestro pensamiento escogitamos los medios más adecuados de glorificarle ó cuando nos entregamos á la meditación piadosa de las hermosas y simpáticas verdades del Cristianismo; cuando nuestra voluntad se resuelve con el valor y la energía de que es capaz á evitar el pecado y obrar el bien; cuando obramos en Dios y por El y cuando nuestra acción, en virtud de la intención que la dirige, va á hallar el objeto que se ha propuesto antes de empezarla. Este tercer grado de oración es más perfecto y sublime que los dos primeros, pues es su complemento y su fin; y ningún fruto nos producirían éstos si no nos hiciesen tender á la acción.

Nuestro pensamiento, nuestra voluntad y nuestras obras deben dirigirse siempre hacia Dios, como objeto supremo de nuestra vida: de esta manera, asegura el Crisóstomo, es imposible que pequemos, pero de no hacerlo así, renunciarnos á la más noble prerrogativa de nuestra naturaleza.

Á la oración ha vinculado el Señor el despacho

de sus gracias, pero quiere que se las pidamos, y pidiéndolas derramará sobre nosotros la abundancia de sus carismas; y es tan ilimitado su poder que nada se nos niega. Si el espíritu de soberbia anida en vuestro corazón y quereis arrojarle del trono en que se ha colocado, orad y la humildad vendrá á habitar donde antes se ostentaba la soberbia; si la tentación os brinda con sus halagos y os solicita con el lenguaje seductor de los placeres de la tierra, vigilad y orad, (*Mar. XIV. 38*) y la tentación desaparecerá; si la tristeza embarga vuestro espíritu y derramais lágrimas amargas por la pérdida de seres queridos ó por los desengaños del mundo, en la oración encontrareis el consuelo; si os persiguen la calumnia y la envidia, si el odio y la burla se ceban en vosotros, si las pasiones desenfrenadas pretenden abismaros en el mar de la culpa, insistid en la oración, como encarga S. Pablo á los Colosenses, orad sin intermisión, como encarece á los fieles de Tesalónica, y no olvidéis que, como enseña S. Juan Climaco, la oración hace violencia al corazón de Dios. Si por desgracia estais aprisionados con las cadenas del pecado, no debe ser esto obstáculo para la oración; antes bien debeis insistir en ella para que el Señor os oiga, como á David, desde el trono de su gloria, y estad seguros que si orais con fervor, con confianza, con perseverancia y con humildad, no os recordará vuestras ingratitudes, como no recordó tampoco á S. Pedro sus negaciones, ni á la Magdalena sus extravíos, ni á Zaqueo sus usuras, ni á

Pablo sus persecuciones: «*Si os volveis á mí, nos dice en los libros santos (2.ⁱ Esdræ I, 8, 9,) y guardais mis mandamientos y los cumplís, aunque hubiereis sido trasportados hasta los confines del mundo, de allí os congregaré y os traeré al lugar que escogí, para que morase allí mi nombre.*»

Nuestra oración ha de ser conforme nos la enseñó Jesucristo y de esta manera será oída de su divina Majestad. «*Cuando oreis, nos dice en el Evangelio, no seais como los hipócritas que gustan ponerse en pie mientras que están orando en la sinagoga ó en los ángulos de las plazas, á fin de ser vistos por los hombres; porque tened por cierto que ya recibieron su paga con esta vanidad. Vosotros, cuando oreis, entrad en el fondo de vuestro corazón sin distraeros en vanos pensamientos; y cerradas las potencias de vuestra alma á los cuidados profanos, orad en secreto á vuestro Padre; y vuestro Padre, que penetra los secretos del alma, os retribuirá. Cuando oreis, no querais hacerlo con una multitud de palabras que muchas veces no sirven de nada, como los infieles; porque juzgan que se les ha de oír por su mucho hablar. No os asemejeis á ellos; porque vuestro Padre sabe muy bien lo que os conviene ya antes de que se lo pidais.*»

Tomemos como modelo en nuestras oraciones al apostol de Aquitania S. Marcial, cuya vida fué una continua oración en sus deseos, en sus pensamientos y en sus obras; no olvidemos que es muy triste, como escribe Orígenes, el dia pasado sin oración,

que la oración es el sustento de nuestro espíritu, y que invocando con oración humilde como la del publicano al Señor, que está muy cerca de nosotros (*Deut. IV. 7*) seremos libres de todos los enemigos de nuestra salvación (*I Reg. IV*) y oiremos como el buen Ladrón en la hora de la muerte estas palabras de nuestro Redentor Jesús: «*hoy serás conmigo en el Paraíso.*»

(Ahora se rezarán tres Padre nuestros y Ave Marías con Gloria Patri para alcanzar del Señor, por intercesión de San Marcial, el espíritu de oración y la gracia especial que se desee conseguir en este Novenario.

*Oración final á S. Marcial para todos los días,
véase al fin (pág.^a 47)*

~~~~~  
DÍA 4.<sup>o</sup>  
—

*Por la señal etc. Acto de Contrición y oración preparatoria como el día 1.<sup>o</sup>*

**MEDITACIÓN PARA ESTE DÍA**

*Fé.*



La fé, como enseña el Catecismo de la Doctrina cristiana, es una virtud que nos inclina á creer todo lo que Dios ha revelado y la santa Iglesia, nuestra madre, nos propone. Hermoso y refulgente faro que

nos dirige por los senderos ásperos de la vida, brilla con intensa luz en el firmamento de las virtudes cristianas, disipa con prontitud pasmosa las tristes sombras del error y de la duda, y si nos vé débiles en su defensa nos acoge á su sombra bienhechora, nos anima, nos llena de caricias y nos ofrece, si no desmayamos, el Cielo por recompensa.

El Señor, que es nuestro Maestro, no puede engañarse ni engañarnos porque El mismo es la verdad, y hace seis mil años que nos enseña las verdades que hemos de creer y cada siglo que pasa corona con nuevos esplendores los testimonios de la fé. Nos instruyó primero por sus ángeles y profetas; envió después á su Unigénito, que autorizó su misión con asombrosos milagros; confirma el Nuevo Testamento la doctrina del Antiguo; vienen los apóstoles después de los profetas, los doctores después de los apóstoles; y aquella sangre que regó los contornos del Calvario haciendo germinar la fé en el mundo antiguo respecto á la misión del Hombre-Dios, fecundiza las playas de la parte de acá del monte del dolor, obligando al mundo moderno á creer la misión divina de la Iglesia. La fé ilumina, fortifica y perfecciona la inteligencia humana desde Adán hasta nosotros, haciéndonos ver á través de los velos del misterio un orden nuevo, superior al orden natural, pero que lejos de destruirlo lo explica, lo agranda y lo ilumina.

La fé, enseña el Apóstol, es necesaria para agradecer á Dios, pues que sin ella no podemos recono-

cerle como autor de la gracia ó del orden sobrenatural al cual fuimos elevados por la redención que se obró en la cruz; es una felicidad poseerla, mas esto no basta; es preciso además practicar lo que se cree, porque la fé sin obras es un tormento de la razón, está muerta, como dice S Pablo; pero si á las creencias acompaña la práctica, entonces la fé se consolida, porque la fé y las obras son tan inseparables, que la una sostiene á la otra, prestándose mutuo apoyo

Mejor es no creer y negarlo todo, que teniendo fé no practicar; porque es una contradicción creer en la necesidad de la oración y no orar, creer en la obligación de observar el día festivo y profanarlo voluntariamente, creer en el poder de las virtudes y no ejercitarse en ellas. Más consecuente es el ateo que dice á Dios que no le conoce, y el deista que niega á Jesucristo su divinidad y el hereje que llama á la Iglesia abominable Babilonia, que el cristiano que confiesa que Dios es su criador y su padre, pero que ni le adora ni le ama; que cree que Jesucristo es hijo de Dios pero que le niega su respeto y su obediencia, que dice de la Iglesia que es la verdadera Jerusalén, pero no asiste á sus sacrificios y se aparta de ella cuanto puede

Es necesario para nuestra salvación someter nuestro espíritu á la creencia de las cosas reveladas: primero, para la gloria de Dios porque creer y adorar con humildad los misterios que exceden á la comprensión de nuestra limitada inteligencia, es un



medio de glorificarle y reverenciarle; segundo, porque es una gran ventaja para nosotros tener la antorcha de la fé que nos conduzca, como la columna de fuego á los israelitas, á la tierra de promisión, atendiendo á que nuestra razón, débil, limitada y defectuosa, tiene necesidad de reglas fijas é inmutables para dirigir sus pasos por el camino de la vida; y tercero, porque es sobrenatural el fin para que el hombre ha sido criado, esto es, la posesión eterna de Dios.

Nuestra fé está expuesta á tentaciones que nos suscita el enemigo de nuestra salvación, y Dios lo permite así para probarnos y fortalecernos; no desmayemos entonces por más que sean grandes las contradicciones y los peligros, y recordando estas palabras del Príncipe de los apóstoles, «*resistite fortes in fide,*» humillémonos delante de Dios y digámosle que queremos vivir y morir en los sentimientos de nuestra fé, socorridos con los auxilios de la divina gracia; sometámonos siempre al suave yugo de la fé católica y esto acrecerá nuestros merecimientos en la presencia de Dios. No olvidemos que con la fé lo podemos todo, como dice S. Pablo, y sin ella no podemos dar un solo paso en el camino del bien: que con la fé aparecemos firmes é intrépidos y alcanzamos victorias y triunfos, y sin ella somos como la hoja seca que pasea por los espacios el viento del otoño; que con la fé en el corazón se rompen los velos de tristeza que oscurecen el espíritu del hombre y su luz celestial presenta á nues-

tros ojos las grandezas de la tierra como vapor que disipa un rayo del sol, como sombras que se desvanecen, como sueño fantástico que no deja recuerdo de su paso. en la imaginación del calenturiento al despertar, triste erial de miserias, de lágrimas y desgracias en que sembramos acaso bellas y atractivas ilusiones para recoger después amargos desengaños.

Alimentemos en nosotros mismos esta virtud con el ejemplo del bienaventurado S. Marcial, cuya fé estuvo al nivel de las grandes virtudes que ennoblecieron su corazón, y aunque sea con peligro de nuestros bienes, de nuestra fortuna y aun de nuestra vida, perseveremos constantemente en la fé que recibimos en el santo bautismo, la confesemos y la defendamos porque solo á este precio mereceremos el galardón de la Gloria, pues que el divino Maestro ha dicho en el Evangelio que al que no se avergonzara de su fé en presencia de los hombres, lo reconocerá como suyo delante de su Padre celestial. Sean nuestros sentimientos durante la vida una fé firme, dulce, incontrastable, sincera y racional y esos mismos sentimientos serán nuestro consuelo en la hora de la muerte.

*(Ahora se rezarán tres Padre nuestros, Ave María y Gloria Patri para alcanzar del Señor, por intercesión de S. Marcial, la conservación de la fé y la gracia especial que se desee conseguir en este Novenario.)*

*Oración final á S. Marcial para todos los días,  
véase al fin (pág.<sup>a</sup> 47)*

DÍA 5°  
—

*Por la señal etc. Acto de Contrición y oración preparatoria como el día 1.º*

**MEDITACIÓN PARA ESTE DÍA**

*Esperanza*



El Profeta la define diciendo: «*Spes mea, Deus* (Ps. CXXI. 6) mi esperanza es Dios, es decir: la gracia que nos da en este mundo y la gloria que nos promete en el otro. En esas breves palabras podemos encontrar la grandeza soberana, la sublimidad, el encanto y la resistencia invencible de la esperanza. Para que sea una virtud verdaderamente cristiana, debe ser firme y constante, pues si bien no excluye el temor y la incertidumbre de nuestra salvación, sin embargo, cuanto mayor y más perfecta es la esperanza, tanto más disminuyen el temor y la duda.

La esperanza es natural al hombre porque es una necesidad profunda, imperiosa y universal; es como el sol que ilumina nuestras empresas y dora nuestros proyectos, como resorte secreto de la paciencia y contrapeso del fastidio en el alma fatigada por las jornadas de la vida: diríase que su fin era sostener, animar, elevar y trasfigurar todas las demás virtudes.

Da fuerza y resignación á nuestro corazón en las tribulaciones que le oprimen y disipa las nubes que turban la serenidad de nuestro espíritu y la tranquilidad de nuestra fé. Si el espíritu vive de fé y nuestro corazón se alimenta con el amor, la esperanza es como las alas que Dios da al alma para que suba hacia El, sosteniéndole en las regiones de la gracia y entreabriéndole los horizontes de la gloria.

El guerrero que se expone á una muerte la más terrible, el hombre de negocios que cruza los mares en busca de un porvenir risueño, el industrial que busca tesoros ocultos en el seno de la tierra, el labrador que siembra, el hombre científico que consume los mejores años de su vida en la resolución de un problema arrostran todos los peligros, todas las incomodidades y todas las fatigas por la esperanza. Ella, bálsamo universal que cura todas las heridas del espíritu, diviniza esos afanes, esos estudios y esos trabajos cuando son santos, siembra de placer las mismas asperezas, endulza los pesares de la vida, y mientras que nos sostiene firmes en los vaivenes de la tentación ó del desaliento, con su diestra nos señala el Cielo. La esperanza de la gloria eterna regó el campo de nuestra sacrosanta Religión, y ese campo, fecundizado por tan hermosa virtud, crió los mártires del Cristianismo; la esperanza del perdón convirtió en grandes santos á los más insignes pecadores, la esperanza de una vida mejor sostuvo resignadas y llenas de dulces alegrías en las austeridades del claustro á las almas enamoradas de Jesús.

No debemos perder nunca la esperanza, como encarga S. Pablo, porque entonces caeríamos en la desesperación, pecado horrible, obra del demonio, que abismó en los infiernos al fraticida Caín y al sacrílego Judas; pero no debemos tampoco confiar en nuestras propias fuerzas porque entonces caeríamos en la presunción, causa de la caída de Salomón. Ninguno, dice S. León Magno, debe de presumir de sus propios méritos ni desconfiar de la misericordia de Dios: lo primero haría de nosotros hombres vanos y árboles infructuosos, y lo segundo nos alejaría de Dios, en quien esperaron los hijos de Israel y fueron libres (*Ps. XXI-5.*), en quien esperó el Rey salmista y no fué confundido (*Ps. XXX. 2*), porque el Señor es la ayuda y protección de los que en él confían y es para los que en Él esperan la recompensa de sus esperanzas: «*Ego ero merces tua magna nimis.*» (*Genes. XV. 1*).

La esperanza tiene por objeto supremo los bienes invisibles del porvenir, las riquezas del Cielo, la vista de Dios, su gloria y su amor. Esto anhela la criatura y esto lo promete el Criador, pero se lo promete como una recompensa, y la recompensa supone el mérito: el mérito está en la virtud y la virtud estriba en la victoria del bien sobre el mal. Pero como el hombre no es capaz ni aun de un buen pensamiento (*2 ad Corinth. III. 5*) necesita de la gracia divina para lo bueno, y esta gracia solo la encontrará en Jesucristo, que en el libro de los Proverbios llama bienaventurados á los que desconfían de sí

mismos, pero les alienta con estas palabras: «*Venid á mí los que estais oprimidos por el peso de vuestras miserias y yo os aliviare.*» (Mat. XI. 28).

En las tentaciones contra la esperanza cristiana el trabajo y la lucha son la prueba, pero esta lucha ordinariamente no exige de nosotros esfuerzos heroicos, basta la paciencia: nuestra esperanza, pues, debe ser paciente y resignada é ir acompañada siempre de la oración, que es el condimento de todas las virtudes. No debe importarnos el que nos cueste algún trabajo el conservar la esperanza; que el mundo con sus doctrinas, la carne con sus apetitos y el demonio con sus asechanzas, quieran arrancarla de nuestro corazón: hay días en el que el Cielo se obscurece, pero no por eso deja de ser el Cielo y se espera con confianza el sol del día siguiente. Después de la noche de la tentación y de la lucha, veremos nacer la aurora de la tranquilidad en el firmamento de la conciencia y el Señor sabrá pagar nuestra fortaleza y premiar nuestra esperanza con abundantes gracias.

Imitemos á S. Marcial en el ejercicio de esta consoladora virtud, digamos con el Real Profeta que aunque se coliguen contra nosotros todos nuestros enemigos no dejaremos de esperar en el Señor; y si nos es grato pensar que nuestras desgracias han de tener término y levantar en alas de la esperanza nuestros ojos á lo alto en busca de la felicidad que Dios nos ha prometido, mientras se aproxima la hora de realizar esa esperanza santa, gloriémonos á imi-

tación del Apóstol en las tribulaciones que nos preparan premio tan elevado y digamos al Señor con el Salmista desde este destierro en que esperamos nuestra verdadera libertad: «*In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*» (Ps. XXX. 2)

(Ahora se rezarán tres Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patri para alcanzar del Señor, por intercesión de San Marcial, se mantenga viva en nosotros la esperanza, y la gracia especial que se desee conseguir en este Novenario.)

Oración final á S. Marcial para todos los días,  
véase al fin (pág.<sup>a</sup> 47)

\* \* \*

DÍA 6.<sup>o</sup>

Por la señal etc. Acto de Contrición y oración preparatoria como el día 1.<sup>o</sup>

## MEDITACIÓN PARA ESTE DÍA

### Caridad



Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos, he aquí en qué consiste la verdadera caridad, la mayor de las virtudes teológicas, según S Pablo, la primera en excelencia y perfección y la más duradera, porque la fé ha de

concluir cuando veamos al Señor cara á cara en la Jerusalén celestial, donde no habrá enigmas ni misterios, y la esperanza ha de acabarse cuando lleguemos á la posesion del Sumo Bien: únicamente la caridad perseverará en el Cielo.

«*La señal, dice el Hijo de Dios (Joan. XXIII) por la que todos conocerán que sois mis discípulos, es si os amais mutuamente.*» «*Este es el mandato del divino Maestro, dice el Evangelista amado, y si lo cumplis, todo está hecho.*» No podemos amar á Dios si no amamos á nuestros hermanos y, por el contrario, tampoco será verdadero el amor que profesamos á nuestros semejantes, si no amamos á Dios: el amor ardiente á Dios va siempre acompañado de un amor sincero al prójimo

La caridad, con respecto á nuestros semejantes, no consiste solo en la piedad, porque la piedad humilla muchas veces al que es objeto de ella; no consiste tampoco en la limosna únicamente, porque el pedazo de pan que depositamos en la mano del necesitado está con frecuencia seco y amargo y tienen necesidad los pobres de ablandarlos con lágrimas de humillación y de vergüenza: esto será una caridad defectuosa, no una caridad perfecta como debe ser la del cristiano y que estriba en hacer á nuestros prójimos todo el bien que podamos, en que roguemos por ellos, en que les auxiliemos cuanto nos sea posible, en que tomemos parte en sus penas, les aliviemos en sus necesidades espirituales y temporales, les consolemos en sus aflicciones y, si lo exigieren



las circunstancias, nos sacrifiquemos por ellos. «*El verdadero amor, dice S. Pedro Crisólogo, ninguna cosa tiene por dura, ni por amarga, ni por pesada*» va á donde le lleva la necesidad y es una cota de malla que no se rompe, y si es verdadero amor, sabe vencer todos los obstáculos. Es una ley de la humanidad y de un interés personal, porque «*el que no ama, dice nuestro adorable Salvador, permanece en la muerte.*»

Con todos debemos usar caridad verdadera: con los que nos han ofendido procurando vencer su ingratitud, sus injurias y desprecios con abundancia de cariño y de misericordia; con los que ningún mal nos han hecho viendo en ellos sus virtudes y poniéndolas en parangón con nuestros defectos; y con aquellos á quienes nosotros hemos faltado para humillar nuestra soberbia; acordándonos siempre de que el hombre, por pecador que sea, es hermano nuestro, está redimido con la misma sangre, participa de los mismos sacramentos y es un heredero del Cielo. No veamos solo sus faltas; porque solo es propio de los insectos venenosos el apegarse á las llagas: percibamos y confesemos las virtudes de nuestros hermanos é interpretemos siempre de modo favorable hasta sus mismos defectos. Si de veras nos preciamos de amar á nuestros semejantes, esto no ha de costarnos ninguna incomodidad ni molestia, porque «*no son penosos, como dice S. Agustín, los trabajos de los que aman.*»

«*La caridad es un fuego, pero tres cosas, en sentir*

de S. Antonio de Padua, *pueden apagarlo: el viento del orgullo, el agua de la gula y de la lujuria y el espeso humo de la avaricia,*» porque es imposible que ame á Dios y al prójimo el que no es humilde, ni el que se entrega á los placeres de los sentidos, ni el avaro que se niega á sí mismo lo que se debe y debe á sus hermanos. La sublimidad de esta virtud consiste en amar á Dios, no querer si no á Dios, ni amar criatura alguna sino en Dios, por Dios y para Dios.

Hablando S. Pablo de la necesidad de la caridad para merecer, dice así en su primera carta á los fieles de Corinto: «*Si yo hablara lengua de hombres ó de Angeles y no tuviera caridad, soy como metal que suena ó como campana que retiembla: y si tuviera el don de profecía y supiera todos los misterios y toda la ciencia y aunque tuviera tanta fé que trasladase los montes, si no tuviera caridad, nada soy: y si distribuyera todos mis bienes en alimento de los pobres, y aunque entregara mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad, nada me aprovecha.*» Y como para demostrar los dotes que deben adornar á esta excelsa virtud continúa diciendo: «*La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no obra mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la iniquidad, pero se alegra de la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sobrelleva.*» ¡Preciosa virtud, tan grande, tan hermosa, tan santa que de un Dios hizo un hombre, y de un hombre todo un Dios!

Inútil es encarecer la necesidad que el cristiano tiene de esta virtud, compendio de todas las virtudes, vínculo de perfección (*Colos. III*) y fin de todos los mandamientos (*I Timot. I*). Dios es todo caridad, os diré con el Apóstol, ya perdonando á la mujer adúltera y rehabilitando á la Magdalena, ya recibiendo resignado el beso de Judas y callando en el tribunal de Herodes, ya convirtiendo á S. Pedro con una mirada y al buen Ladrón con una palabra, ya sacrificándose, en fin, por todos y cada uno de nosotros y pidiendo al Eterno Padre perdón para los que le crucifican.

En el libro divino de la Cruz aprendió el ilustre S. Marcial la caridad de que estaba lleno su corazón, y á imitación suya debemos también nosotros estudiar y aprender en el amorosísimo Jesús, los oficios de caridad para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros prójimos y no olvidemos que, como escribe S. Francisco de Sales, « *la montaña del Calvario es la montaña de los amantes y el amor que no dimana de la pasión de Jesucristo es un amor frívolo y peligroso.* »

(Ahora se rezarán tres Padre nuestros, Ave Marías, y Gloria Patri para alcanzar del Señor, por intercesión de S. Marcial, el aumento de nuestra caridad y la gracia especial que se desee conseguir en este Novenario.

*Oración final á S. Marcial para todos los días,  
véase al fin (pag.<sup>a</sup> 47)*

DÍA 7.º  
—

*Por la señal etc. Acto de Contrición y oración preparatoria como el día 1.º*

**MEDITACIÓN PARA ESTE DÍA**

*Castidad*



La castidad es, al decir de S. Francisco de Sales, la azucena de las virtudes y hace á los hombres iguales á los ángeles: flor la más odorífera del jardín de nuestra Iglesia santa, esparce á nuestro rededor los gratos perfumes del vino misterioso que engendra virgines, y ante su matíz dorado se postran de hinojos hasta los espíritus del Cielo.

La Iglesia de Jesucristo, extendida por todo el universo, se vió bien pronto adornada con esta brillante virtud desconocida de los antiguos, y S. Ambrosio, S. Agustín, S. Juan Crisóstomo y otros Santos Padres, nos ofrecen admirables pinturas de todos los pueblos de la cristiandad, en los cuales sobresalía entre todas esta preciosísima virtud.

Los pecados de la carne degradan, envilecen y rebajan al hombre, que á ellos se abandona, á un nivel inferior al de los mismos brutos. «*Un corazón así turbado y envilecido, exclama un sabio Prelado de la vecina Francia, no puede reflejar como espejo*

*fiel la imagen de Dios que le ha criado. El sol, con sus rayos mas vivos y penetrantes, no puede atravesar el cieno fétido, ni el barro amontonado en la orilla del camino: el corazón del hombre sensual es un espejo empañado y en el fondo de ese corazón hay una mancha de barro. La castidad es incomparablemente mejor que todos los placeres opuestos á ella, y al que se deja arrastrar por ellos, solo le quedará el remordimiento, así como no queda de la flor que se nos ha ajado entre los dedos más que las espinas que nos hieren*

Esta virtud no es solo de mero consejo si no de riguroso precepto, y bien pudiéramos llamarla fundamento ó cimiento de las demás, porque cuando ella falta la humildad desaparece y cede su sitio á la soberbia, la caridad se extingue poco á poco hasta apagarse por completo, la devoción se desvanece y evapora, la pereza ocupa el lugar en que antes se ostentaba la diligencia, la ira reemplaza á la paciencia, la esperanza se cambia en la más detestable presunción ó en la más abominable de las desesperaciones, y hasta la fé, esa antorcha divina que guía á nuestro espíritu por los senderos que conducen á la Gloria, titubea, se debilita y por último, se pierde

Hay una diferencia muy grande entre el hombre que come el pan de los ángeles y el animal que paca la yerba de los prados: el primero obedece á un deber, el segundo cede á un atractivo ó busca un goce; pero siempre que en nuestras acciones nos dejamos

arrastrar por el halago de los movimientos de la carne, renunciamos á nuestra dignidad de criaturas inteligentes, abdicamos la corona de gloria con que Dios quiere ceñir nuestras sienes y nos confundimos en cierto modo con los irracionales, cuyos ojos están fijos en la tierra, como fin de todas sus aspiraciones. Estos placeres quitan á la voluntad toda su energía, á la inteligencia su vigor y claridad, al corazón su gracia y su frescura, al carácter su constancia y su virilidad; hace á los sentidos lánguidos y perezosos y reduce en breve tiempo todas nuestras facultades á una desesperada apatía y á una impotencia irremediable.

Para que no se deshoje ni marchite esa preciosa flor que, como dice el Apóstol, llevamos en vasos frágiles, acordémonos, de que el veneno de la sensualidad, aunque sea dulce, siempre es mortal; que el aire del mundo agosta la pureza, como el viento fuerte y seco marchita las flores del campo; que entre todas las batallas que sostenemos los cristianos, las más duras, en sentir de S. Bernardo, son las de la castidad, donde es frecuente la pelea y rara la victoria; que en los demás pecados el espíritu malo nos ataca como enemigo, nos solicita como tentador y nos sorprende como engañador, pero en el pecado de impureza nos domina como tirano. En estas batallas la victoria está en la fuga.

Evitemos la compañía de las personas relajadas, no permitamos que en nuestra presencia se hable de los vicios opuestos á esta virtud, mortifiquemos

nuestros sentidos, especialmente la vista, pues los ojos son las ventanas del alma y no nos sucederá como á David, á quien una mirada indiscreta lo condujo al adulterio: evitemos, sobre todo, el ocio, pues al ocioso, dice S. Bernardo, tienta de un modo especial el diablo; seamos mansos, apacibles y humildes si queremos conservar puro el corazón; no olvidemos que el pudor y la circunspección son las murallas de la pureza, que el retiro la guarda, la modestia la conserva y la frugalidad la nutre; hagamos, á imitación de Job, pacto con nuestros ojos de que se abstengan de objetos peligrosos para librarnos de pensamientos deshonestos; pensemos que nuestra debilidad es muy grande y que son muchos los peligros de caer en la impureza, sin una continua vigilancia y un temor santo, fundados en la corrupción del corazón humano; sean puros nuestros afectos, nuestra alma con sus potencias y sentidos, y nuestra vida toda; sean nuestras palabras semejantes á nuestro corazón y nuestro corazón casto y limpio como el de los ángeles; apartemos de nosotros ese amor grosero y carnal que esteriliza nuestro espíritu, da al alma la muerte del pecado y de la deshonra, labra nuestra ruina, nuestra miseria, nuestra perdición y nuestro tormento eterno. Nutramos nuestro corazón con amor celestial y divino que transforma á los hombres en genios angélicos, los cuales, como el insigne S. Marcial que se conservó siempre puro de la mancha de la deshonestidad, son el consuelo del mundo, la alegría de los Cielos

y el brazo poderoso que detiene la ira de Dios, dispuesta siempre á castigar el pecado horrible que atrajo sobre el mundo un diluvio de agua y otro diluvio de fuego sobre la Pentápolis nefanda. Seamos puros, en fin, en pensamientos, palabras y obras y en pago á nuestra pureza gozaremos como el Discípulo amado del inefable privilegio de descansar sobre el pecho de Cristo Jesús, el enamorado esposo de las almas castas

*(Ahora se rezarán tres Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patri, pidiendo al Señor, por intercesión de S. Marcial, una castidad correspondiente á nuestro estado y la gracia que se desee conseguir en este Novenario.)*

*Oración final á S. Marcial para todos los días,  
véase al fin (pág.<sup>a</sup> 47)*

\* \* \*

DÍA 8.<sup>o</sup>

*Por la señal etc. Acto de Contrición y oración preparatoria como el día 1.<sup>o</sup>*

## **MEDITACIÓN PARA ESTE DÍA**

### *Obediencia*



Acaso no hay ninguna virtud que tanto mortifique nuestro amor propio, pero ninguna tampoco que nos



aporte tantos y tan valiosos méritos delante de Dios como la obediencia que, como dice S. Gregorio, ingiere y conserva en el alma todas las demás virtudes.

*«La obediencia no rebaja al hombre sino que le enaltece, porque esta virtud consiste, no en someterse por necesidad á un poder que nos subyuga, si no en inclinarse libremente ante los mandamientos de los superiores, cuya autoridad reconocemos: no es la fuerza menor que cede ante la fuerza mayor, ni la debilidad que se anonada ante el poder; es la voluntad inferior que se une con toda libertad á la voluntad superior. (1)*

Virtud ejercitada por el hijo del hombre que fué obediente, como dice S. Pablo, hasta la muerte y muerte de cruz, todos los que se precien de discípulos suyos deben poseerla y practicarla. En todos los estados, en todas las edades, en todas las condiciones tenemos necesidad y obligación de obedecer: obediencia ciega debemos á Dios, al Sumo Pontífice, su vicegerente en la tierra, á los obispos y á los sacerdotes; obediencia debemos en el orden civil á las autoridades legítimamente constituidas; obediencia debe el hijo á sus padres, la esposa al esposo, el soldado á su jefe, el pequeño al mayor; obediencia, en fin, debemos todos, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, dueños y siervos, sacerdotes y legos, siempre del inferior al superior para que, como enseña S. Agustín, al inferior se sujeten los que están debajo de él; y esto no por temor, si no por la obligación de conciencia que pesa sobre nosotros, (*S. Pad. Rom.*)

---

(1) P. Félix.

Nuestra propia voluntad, escribe S. Bernardo, es la causa de nuestras perturbaciones, de nuestras agitaciones, de nuestros pecados y de nuestro desórdenes; y á fin de reparar el daño que esas plagas espirituales infieren al alma, despojémonos de nuestra propia voluntad y aceptemos el suave yugo de la obediencia, por medio de la cual y en cuyo ejercicio, al decir de S. Francisco de Sales, consagramos nuestro corazón á Dios. Alguna repugnancia encontraremos en obedecer ciertas órdenes ó mandatos, pero es preciso vencer á toda costa esa repugnancia y someternos á lo que se nos mande; tanto en lo que nos guste como en lo que nos desagrade, en lo difícil y árduo como en lo fácil y sencillo, en lo grande como en lo pequeño, y siempre con prontitud, siempre con humildad, sin examinar los motivos y el fin que mueven al superior á mandar, y dispuestos siempre á la abnegación, al sacrificio, al heroísmo hasta el punto de decir con S. Ignacio de Loyola: *«Si el superior me mandase arrojarme á un precipicio lo haría gustoso porque Dios recibiría mi obediencia con agradable rostro.»*

Debemos obedecer en primer lugar, según el sentir del V. P. Fr. Luis de Granada, á los mandamientos divinos, cuya guarda nos es de todo punto necesaria para la salvación; en segundo lugar los consejos evangélicos que nos ayudan á cumplir los mandamientos, y en tercer lugar las inspiraciones divinas que son poderoso auxilio para aumentar más y más en nosotros la afición al cumplimiento y á la práctica tanto de los consejos del Evangelio como de

los mandamientos de la ley de Dios. Estos tres grados de obediencia parece estar comprendidos en estas palabras de S. Pablo en su carta á los Romanos:

«No queráis, hermanos míos ser imprudentes, sino discretos y avisados para entender cual sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta; porque buena es la obediencia de los preceptos, y agradable la de los consejos y perfecta la de las inspiraciones y llamamientos divinos; y el hombre habrá llegado á la perfección de la obediencia, cuando haya puesto por obra todo lo que Dios le manda, aconseja é inspira.» Y si á todo esto acompaña una conformidad absoluta con la voluntad de Dios, caminando con igual corazón por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama, por salud ó por enfermedad, por muerte ó por vida, inclinando humildemente la cabeza á todo lo que El ordenare y tomando con igual cariño los azotes y los regalos, no mirando lo que nos da, si no quien lo da, y el amor con que lo da, entonces habrá alcanzado el hombre aquella santa resignación que tanto enalteceñ los místicos, que nos aproxima á Dios y que hace exclamar así al V. Tomás de Kempis: «De buena gana, Señor, padeceré por Vos todos los trabajos que fuere vuestra voluntad que me sobrevengan: aceptaré de vuestras manos con santa indiferencia lo bueno y lo malo, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste; y por todo lo que me suceda os daré rendidas gracias.»

Procuremos, pues, ser obedientes y no olvidemos que es más seguro obedecer que mandar; no obedezcamos por necesidad sino por caridad; no fiemos

demasiado en nuestro modo de pensar y acordémonos que si nos apartamos de la obediencia nos alejamos de la gracia divina y vienen á anidar en nuestros corazones la soberbia y el orgullo. Seamos pronto en obedecer al Señor como los apóstoles, estemos dispuestos á imitación de Abrahám á sacrificar lo que nos sea más grato y querido por obedecer á la voz de Dios, para quien es más agradable la obediencia que las víctimas (*I Reg. XV. 22*), digámosle con humildad: «*Loquere, Domine, quia audit servus tuus*» (*I Reg. III*); y en la obediencia precisa como en la voluntaria humillemos nuestro amor propio hasta hacerlo desaparecer.

Entre los innumerables modelos de obediencia que el Cristianismo nos ofrece se encuentra el esclarecido S. Marcial, cuya obediencia al Príncipe de los apóstoles y, sobre todo, á los llamamientos del Cielo, fué ejemplarísima. Copiemos, pues, de nuestro Santo esta hermosa virtud, medio poderoso para adquirir la verdadera caridad del corazón, y de esta manera nos haremos dignos de que el Señor nos diga, como en otro tiempo á los israelitas «(*Exodi XIX. 5*) *Si oyereis mi voz y obedeciereis mis mandamientos, seréis para mí una porción escogida entre todos los pueblos de la tierra.*»

(Ahora se rezarán tres Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patri, pidiendo al Señor, por intercesión de S. Marcial, una obediencia santa y la gracia que se desee conseguir en este Novenario.

Oración final á S. Marcial para todos los días,  
véase al fin (pág.<sup>a</sup> 47)

DÍA 9.º

*Por la señal etc. Acto de Contrición y oración preparatoria como el día 1.º*

**MEDITACIÓN PARA ESTE DÍA**

*Perseverancia*



El mayor don que Dios concede al hombre en esta vida, es el de la perseverancia final, esto es, el don de morir en su divina gracia: este don distingue á los predestinados de los réprobos y corona las virtudes de los justos, á los cuales coloca en el número de los bienaventurados Sin la perseverancia todas las demás virtudes se reducirían á la nada: limosnas, ayunos, mortificaciones, penitencias, obras buenas. todo sería perdido para el Cielo si no llevara el sello de la perseverancia Si, pues, por la misericordia divina nos encontramos en gracia, procuremos no dejarnos vencer por el pecado, porque no sabemos el día ni la hora de nuestra cuenta. Si las vírgenes fátuas hubieran vigilado un momento más, no les hubiera encontrado dormidas el divino Esposo y hubiesen sido admitidas á las bodas del Cordero; pero se durmieron, no perseveraron en la vigilancia y el Señor les dijo que no las conocía. Por eso, «*el que echa la mano al arado, dice el Salvador, y*

*mira hacia atrás, no es á propósito para el reino de los Cielos.»*

De nada nos serviría haber llevado hasta ahora una vida ejemplarísima, si desmayásemos y retrocediésemos en el camino emprendido, porque no podemos ser coronados con la diadema de dichosa inmortalidad hasta que concluya el combate, que durará toda la vida. Si Saul, Salomón, Orígenes, Tertuliano y Nicolás, hubieran perseverado fieles á las gracias recibidas, no nos hubieran dejado dudosos de su salvación los unos y seguros de su condenación los otros. Judas comenzó bien y acabó mal; S. Pablo, por el contrario, comenzó mal y acabó bien: éste perseveró en las buenas obras desde el momento de su conversión; aquél se cansó de esperar: por eso Judas fué reprobado y Pablo elevado á la Gloria. El don de la perseverancia es pura gracia del Señor, pero culpa nuestra es si no perseveramos, por cuanto el Señor, si nosotros ponemos de nuestra parte cuanto podemos y somos fieles en el cumplimiento de nuestros deberes cristianos, no nos niega sus auxilios si no que, por el contrario, los multiplica de día en día. Todo el secreto, pues, para conseguir la perseverancia consiste en no aflojar jamás en el ejercicio de la virtud, en servir á Dios con fidelidad y en que nuestra conducta no desmienta su servicio. Es verdad que el calor de las pasiones, las olas de los trabajos y el viento de la tribulación amenazan continuamente derribar el edificio de nuestra fidelidad y perseverancia, pero

no olvidemos que el tiempo de la prueba es breve, que la victoria sobre nuestros enemigos nos robustece y conforta y que la perseverancia, como dice S. Bernardo, forma el merecimiento, corona los buenos propósitos y galardonando al que corre, le conduce al puerto de la bienaventuranza. Para probar si se halla bien radicada en nuestras almas esta virtud, examinemos nuestro proceder en las tribulaciones, crisol donde se purifica el alma: cuantas más y más grandes sean nuestras tribulaciones, tanto más deben brillar nuestra conformidad con la voluntad de Dios y nuestra perseverancia en el bien obrar. Por eso Jesucristo, al hablar de esta virtud, nos la hace entrever en medio de las amarguras, de las dificultades, de los desprecios y de las tentaciones: «*Se levantarán, nos dice en el Evangelio, unas gentes contra otras gentes; unas naciones contra otras naciones: y habrá pestilencias, hambres y terremotos por diversos lugares; pero esto será tan solo principio de dolores. Entonces os entregarán á los tribunales y os matarán, y sereis el odio de todos á causa de mi nombre. Se levantarán falsos profetas y seducirán á muchos; y así como habrá sido abundante la iniquidad, amenguará la caridad de un gran número de personas: pero aquel que perseverare hasta el fin, ese se salvará.*» En estas breves palabras nos traza el divino Maestro la senda que debemos recorrer perseverantes.

El comenzar el camino de la virtud y de la perfección es de muchos, pero perseverar en él hasta el fin

es de pocos; y el premio, como dice S. Isidoro, no está prometido á los que empiezan sino á los que perseveran fieles hasta el fin. De seiscientos mil combatientes israelitas que salieron de Egipto, solo dos, Josué y Caleb, entraron en la tierra de promisión: por eso S. Jerónimo dice que no es cosa grande comenzar lo bueno, sino el perseverar y acabar en ello, pues no está la dificultad en echar los fundamentos, sino en acabar con perfección el edificio.

Para conseguir del Señor la perseverancia final frecuentemos los santos sacramentos de Confesión y Comunión, huyamos del mundo tan lleno de lazos, escollos y peligros, vivamos siempre como si el día en que nos encontramos fuera el último de nuestra existencia y tengamos especialmente una devoción grande á la abogada de pecadores, María Santísima, seguros de que ella, como Madre amantísima, velará por nosotros: no desmayemos en el camino de nuestra santificación y á imitación de los santos, entre muchos de los cuales sobresale S. Marcial, dirijamos todos nuestros afectos, todos nuestros deseos, todos nuestros pensamientos y todas nuestras obras á la consecución de la perseverancia final, que en la hora de la muerte nos abrirá de par en par las puertas de la Gloria.

*(Ahora se rezarán tres Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patri, para que el Señor, por intercepción de S. Marcial, nos conceda la perseverancia final y la gracia especial que se desea conseguir en este Novenario.)*



*Oración final á S. Marcial para todos los días.*

Glorioso S. Marcial, joya preciosa de la Iglesia, discípulo fervoroso de Cristo, apóstol de las dos Aquitanias y padre de la numerosa cristiandad de las Galias, en quien mostró el Señor su espléndida magnificencia enriqueciéndole con abundancia de celestiales gracias para que consiguieras con tus meritísimas obras gloria imperecedera entre los adoradores de las divinidades gentílicas: tú que supiste propagar nuestra santa Religión predicando con abrasado celo las doctrinas de la Cruz en los pueblos dormidos á las sombras de la muerte; que despreciaste los efímeros placeres que te brindaba el mundo por abrazarte á las austeridades de la virtud; que viviendo en la tierra tenías siempre fijos en el Cielo tus ojos y tu corazón y que en premio á tus merecimientos conseguiste la palma de la victoria y ceñiste la diadema de los escogidos, se nuestro intercesor delante de Dios para que imitando tus virtudes, detestemos el pecado y amemos el sacrificio que nos ha de hacer felices en la vida venidera. Alcánzanos del Señor que en todos los días, en todos los momentos, en todos los suspiros de nuestra existencia se dirijan al amorosísimo Jesús nuestros pensamientos, nuestros deseos y afectos y que solo El sea el objeto de nuestras complacencias. Danos firmeza en las creencias católicas, una dulce esperanza y una ilimitada caridad: haznos humildes, celosos, castos, obedientes, hombres de oración y perseverantes en el bien obrar

y en la imitación de tu vida ejemplarísima para que siendo fieles devotos é imitadores tuyos en la tierra, seamos tus compañeros en el Cielo por toda una eternidad. Amén.

\*  
\* \*  
\*

*Gozos al discípulo de Cristo el insigne S. Marcial.*

---

Pues consuelo sin igual  
Sois en cualquier aflicción,  
*Válganos tu protección*  
*Oh glorioso S. Marcial.*

---

En tu basilica santa  
Muchedumbre se congrega,  
Y con entusiasmo ruega  
Y con entusiasmo canta:  
Y pues eres especial  
En alcanzarnos perdón,  
*Válganos tu protección*  
*Oh glorioso S. Marcial.*

---

Tus milagros realizados  
Nadie contarlos intenta,  
Pues suma mucho la cuenta  
De los que llevais curados:  
A nuestra oración puntual  
Eres en toda ocasión,  
*Válganos tu protección*  
*Oh glorioso S. Marcial.*

---

Eres amigo sincero  
Para aquél que en tí confía  
Y no pasa un solo día  
Sin confesarlo Lardero:  
Al que te invoca en su mal  
Miras con predilección,  
*Válganos tu protección*  
*Oh glorioso S. Marcial.*

Contritos de corazón,  
Aquí, á tus pies, nos postramos  
Y tu reliquia besamos  
Pidiendo tu bendición:  
Libranos de todo mal  
En pago á la devoción;  
*Válganos tu protección*  
*Oh glorioso S. Marcial.*

La devoción que os profesa  
Este pueblo entusiasmado  
De sus padres la heredado  
Y con gozo lo confiesa:  
Tu mirada paternal  
Gracias les de y el perdón:  
*Válganos tu protección*  
*Oh glorioso S. Marcial.*

Pues consuelo sin igual

Sois en cualquiera aflicción,  
*Válganos tu protección*  
*Oh glorioso S. Marcial.*

**Aña**

*Euge serve bone et fidelis, quia in pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, dicit Dominus.*

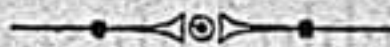
*V. Justum deduxit Dominus per vias rectas.*

*R. Et ostendit illi regnum Dei.*

**Oremus**

*Omnipotens sempiterne Deus, qui beatum Martialem Confessorem tuum atque Pontificem Ecclesie tuæ sanctæ præese voluisti: quæsumus; ut ejus suffragantibus meritis, pietatis tuæ gratiam largiaris. Per Dominum etc.*

## **VIDA DE SAN MARCIAL.**



En el año catorce, aproximadamente, de la era cristiana, nació el ilustre S. Marcial, hebreo de nación, hijo de Marcelo é Isabel, de la tribu de Benjamín y pariente del proto-mártir S. Esteban.

Educado en el temor de Dios y á Dios consagrado desde los primeros años de su infancia, á medida que crecía en años iba creciendo en santidad y perfección, cuyos efectos se hicieron patentes en su ce-

lo por el amor divino, en el ardor con que se entregaba á las prácticas piadosas y en la pureza de sus costumbres, las cuales conservó siempre limpias de la mancha de la deshonestidad.

Entre los innumerables que seguían á nuestro amoroso Redentor, atraídos por la fama de sus milagros y su doctrina y deseosos de oír los consejos de vida eterna que predicaba en las ciudades de Israel, se encontraban nuestro Santo y sus padres que fueron pronto alumbrados con las luces de la fé; luces que fueron de mayor intensidad en el niño. Marcial y que inflamando su corazón le movieron á dejarlo todo por seguir é imitar al Salvador.

Quince años contaba Marcial, según dice Juan XIX en su carta á los obispos de las Galias, cuando se alistó como discípulo en la escuela del divino Maestro; y como en ella se aprende más en una hora que en muchos años en las cátedras de los sabios del mundo, aunque éstos sean los inmortales de la Grecia, salió de ella muy en breve para difundir entre los ignorantes de la ciencia cristiana las sublimes verdades que de la boca del mismo Jesucristo aprendiera.

No es de extrañar, pues, que, como asegura la tradición, fuera uno de los setenta y dos discípulos escogidos por el Salvador para predicar á las tribus de Israel el reino de Dios que venía á fundar. Ciertamente que sus pocos años no parecen hacerle capaz para este apostólico ministerio, pero no debe extrañarnos por cuanto el Señor se vale muchas veces de ins-

trumentos débiles para confundir la soberbia de los grandes del mundo: «*Infirma mundi elegit Deus, ut fortia quæque confundat.*»

Fieles estos discípulos á los mandatos del Salvador, marchan á predicar el reino de Dios fundado en justicia, virtud y paz, anunciando por doquier la penitencia y la remisión de los pecados, alentando á los pusilánimes á imitación de Isaias, esforzando á los desvalidos y despertando á los que dormían el sueño del error; y como su predicación iba acompañada de portentosos milagros y de beneficios inmensos, llenaron de admiración á las ciudades de Israel, que veían renovados en ellos los prodigios que Dios había dispensado á su pueblo en los siglos antiguos.

Llenos de gozo ante el maravilloso resultado de sus tareas apostólicas, contaron después á su Maestro que, como El les prometiera, las enfermedades más inveteradas les habían obedecido, desapareciendo al imperio de su voz, que los animales nocivos no les habían causado daño alguno y que hasta los mismos demonios, obedientes á sus órdenes, les habían estado sujetos.

El Salvador, á fin de que no se engrieran con tanto triunfo: «*Mirad, les dijo, que ví á Satanás el primero y más bello entre los ángeles bajar desde lo más alto de los Cielos á lo más profundo del abismo en alas de la vanidad y de la soberbia: no sean motivo de orgullo vuestros triunfos; como discípulos míos únicamente debéis alegraros de que*

vuestros nombres están escritos en el libro de la vida.»

Así pagaba el Redentor los desvelos y trabajos de sus discípulos, alistándoles en el número de los bienaventurados y revelándoles de esta manera el misterio de su predestinación.

\*  
\* \*

Á los hosannas y bendiciones con que el pueblo hebreo saludó la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, han sucedido los preliminares inmediatos de la gran obra de la Redención; hánse cumplido las setenta semanas de años de que habló un profeta de altas visiones, y la ciudad deicida, llena de encono rabioso, afila y prepara los instrumentos de la crucifixión.

La víspera de aquel día memorable en que se había de perpetrar el crimen más horroroso que se registra en los anales de la magistratura, Jesucristo celebra la última cena legal con sus apóstoles, cumpliéndose estas palabras que entrañan la más acendrada caridad: «*Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum.*»

Jesucristo está en el Cenáculo sentado en medio de sus discípulos, alrededor de una mesa preparada con esmero y sobre la cual se encuentran todas las viandas prevenidas por la Ley; las tintas de la noche envuelven en su negro sudario á la naturaleza que duerme ya, y solo alguna que otra antorcha alumbrá aquella escena, muda como el dolor y elocuente como las lágrimas.

Sentados á la mesa con el divino Maestro, no hay duda que únicamente estarían los doce apóstoles; pero como en todo convite, por humilde que sea, son necesarios sirvientes, es de creer no faltaran tampoco en aquél en que se obró el gran milagro del amor; amor infinito del Unigénito del Padre hacia el hombre, misterio incomprensible de caridad en que Jesucristo convierte el pan y el vino del festín en su cuerpo y en su sangre para que sirva de alimento espiritual á los hijos de sus querencias; y esto no por un día ni por algunos años, sino hasta la consumación de los siglos. Entre los sirvientes, pues, á la Cena eucarística se encontraban Marcial y Cleofás, á los cuales les pertenecía por su grado hacer este obsequio en señal de reverencia al Señor primeramente y después á los apóstoles como más distinguidos con el empleo de sus principales ministros.

Pero no se limitó nuestro Salvador á dar á los apóstoles una prueba de su acendrado amor, sino que quiso darles también la más brillante lección de humildad como para significarles que esta virtud es la que debe resplandecer de un modo excepcional en los que son llamados por El á su santo apostolado. No importa que su humildad tropiece con la humildad del que escogió para piedra fundamental de su Iglesia, ni que el temor respetuoso de los apóstoles proteste, á excepción del traidor, de aquel acto de servidumbre y humillación que quiere llevar á cabo el humildísimo Jesús lavándoles los pies. «*Lo que yo hago*



*con vosotros, les dice, no lo comprendéis;»* pero si no te dejas lavar, exclama dirigiéndose á Simón Pedro que se resiste tenazmente, desde hoy dejarás de pertenecer á mi Colegio, no serás ya de mi escuela: puedes volver á tus ocupaciones antiguas y correr con tu barquilla la superficie de los mares.

La ceremonia, por fin, es llevada á cabo entre efluvios de majestad que se eleva más cuanto más se humilla y el sentimiento de la propia indignidad por parte de los discípulos; y en aquel acto solemne en que se condena la soberbia de los grandes de la tierra y que simboliza la loción que debemos hacer de nuestras conciencias antes de acercarnos á la sagrada mesa, asisten al Salvador como auxiliares Marcial y algunos otros de los setenta y dos discípulos que ponen en manos del Redentor la jarra con agua, la vasija en que ha de lavar los pies á los doce y el lienzo con que ha de enjugarles, gozándose de servir á aquél Señor á quien servirían con ambicioso anhelo los más encumbrados serafines de la Gloria.

Después de la cena y del lavatorio viene Getsemaní con todos sus horrores, con el sudor de sangre y el temor por parte de la víctima que ha de ser inmolada para aplacar la justicia de un Dios ofendido y que reclama esa víctima al nivel de la ofensa; traición repugnante y satánica de Judas, el sueño ingrato de los apóstoles, la rabia y el encono de los hijos del pecado, que con saña infernal exclaman: «*Devorabimus*»..... «*Nolumus hunc regnare super nos*», la sed de sangre de aquella jauría de hienas

que atrae hacia sí una maldición que durará hasta el fin de los siglos, infidelidades y negaciones y perjuros del primero de los apóstoles, agonias de muerte en la naturaleza y miedo espantoso en el corazón de piedra de aquellos malvados fariseos y escribas que descenden del Gólgota, maldiciendo al Nazareno.

No es extraño que Marcial, á imitación de los apóstoles, se refugiara en las cavernas de su misma pusilanimidad, mientras los sanguinarios judíos se cebaban en la inocente víctima del Calvario, y que embargado de amor por una parte hacia Cristo y de miedo por otra al populacho, pasara de esta manera tres días, que fueron para todos los discípulos de sobresaltos, de temores, de angustias, de quebrantos, agitaciones y remordimientos.

\*  
\*  
\*

Á la tristeza que embargó á la naturaleza cuando el Hijo del hombre espiró en el ieño de la Cruz, sucedió la alegría de su resurrección gloriosa, que venía á poner el sello á las profecías, cumpliéndose con una exactitud pasmosa la frase del Cristo que había dicho con antelación que El reedificaría en tres días el templo que habían de destruir en un madero los pérfidos judíos.

«*Muerto el pastor se dispersaron las ovejas*», y horrorizados del deicidio perpetrado por la ingratitude más negra, los tímidos apóstoles apenas si podían, llenos de miedo, darse cuenta de cuanto había

pasado en la degradada Jerusalén; pero reunidos de nuevo en aquella habitación en que el divino Maestro había realizado la obra más portentosa del amor, siempre temerosos y teniendo cerradas las puertas del Cenáculo para afianzar su seguridad, he aquí que Cristo entró por ellas y les dirigió este saludo: «*Pax vobis: nolite timere:*» La paz sea con vosotros: no temais porque no es un fantasma lo que se ofrece en este momento á vuestros ojos, ni una ficción hija de vuestro miedo: soy Jesús, el mismo que os llamó á su apostolado, el que en día no lejano os lavó los pies, preparándoos simbólicamente de esta manera para haceros partícipes de su convite; y á fin de que no les quede duda ninguna de su aparición les manda que se cercioren tocando sus pies y sus manos, y come en presencia de todos del pescado y la miel que consigo traían los apóstoles. De los restos de aquel modesto convite, santificado con las manos del Salvador, participó Marcial que se encontraba allí presente, como se encontró después en las otras apariciones del Señor á sus discípulos, á las cuales hace referencia en sus escritos el Evangelista de la santa Infancia.

Al edificio de la Redención, acabado ya, solo falta la cúpula, que vino á serlo la Ascensión del Señor á los Cielos, la cual llevó á cabo á presencia de sus apóstoles y discípulos congregados en el monte Olivete. Después de esa escena, demasiado sublime para ser descrita, harto esplendorosa para revestirla con el ropaje de la elocuencia, Marcial regresó á

Jerusalén con los apóstoles y con ellos perseveró en ayunos y oraciones hasta el día de Pentecostés, en que el Espíritu-Santo descendió sobre el Colegio apostólico en forma de lenguas de fuego, infundiendo en sus corazones el fuego de su caridad para que con él abrasaran al mundo, fortalecieran su fé, entendieran las Escrituras y propagaran entre los hombres la nueva religión.

\*  
\* \*

Los apóstoles, pues, partieron á evangelizar el mundo; y el primero de ellos, el que por tres veces protestára no conocer al que le escogiera por piedra fundamental de su Iglesia, marchó á Antioquía cinco años después de la resurrección de Jesucristo, año veintitres del imperio de Tiberio César, estableciendo allí la cátedra apostólica, y gobernando desde ella como Pontífice supremo á los fieles, que desde entonces tomaron el nombre de cristianos. Como auxiliares de su árdua tarea escogió á muchos discípulos, entre ellos Marcial, á quien distinguió no tanto por los vínculos de parentesco con que, según se dice, estaban unidos como por las grandes esperanzas que abrigaba de que, atendidos su fervor y su celo, había de ser uno de los mejores propagadores de la doctrina del Crucificado.

Preparada Antioquía por S. Pablo y S. Bernabé para recibir con fruto las nuevas enseñanzas, S. Pedro encargó á Marcial que predicase á aquel pueblo el Evangelio, y lo hizo con tan abundante fruto que

de día en día fueron aumentándose las filas del Cristianismo, cuya milicia contó muy en breve en su seno con presbíteros y diáconos que atendían al ministerio del altar y al servicio del templo.

El Señor, en sus inescrutables designios, determinó que la Cátedra apostólica se trasladase desde Antioquía á la orgullosa y degradada Roma, y á ella se dirigió S. Pedro en el año tercero del imperio de Claudio, llevando en su compañía á Marcial, Alpiano y Austricliniano con otros discípulos, rivalizando todos en sus trabajos para levantar sobre la idolatría vencida el monumento de la fé, predicando á Jesucristo *et hunc crucifixum*; confirmando su predicación con la santidad de su vida y con el desprecio de honras y riquezas; con la paciencia y mansedumbre más sublimes, con la modestia más grande, con la humildad más heróica y la más ardiente caridad.

Pero los operarios de la viña del Señor eran pocos y mucha la mies, «*Messis quidem multa, operarii autem pauci*» y en vista de ello el apóstol S. Pedro envió á los discípulos á predicar el Evangelio por diversas provincias: en el Occidente Pancracio, Marciano y Berillo fueron á Sicilia; Prisco á Capua, Asprenas á Nápoles, Epafrodito á Terracina, Paulino á Lucca, Apolinar á Rávena, Euprenio á Verona, Prodocimo á Pavia. A Alemania Eucario, Egisto y Marciano; á España Pedro obispo de Evora, en cuyo lugar ponen otro á Tesifonte Bergitano, Cecilio Eliberitano, Eufrasio Iliturgitano, Segundo obispo de

Avila, Indalecio á Urci, hoy Verga, Torcuato á Guadix, Esiquio á Astorga y otros á diferentes puntos; y para las Galias fueron elegidos Trófimo para Arlés, Sixto para Rems, Crescencio para Viena, Mimio para Chalons, Ursino para Bourges, Estremonio para Auvernia, Juliano para Mans y Marcial para Aquitania.

■ Marcial, ya Obispo, parte para su destino llevando la bendición apostólica y acompañado de Alpiniano y Austricliniano, que sienten henchidos de alegría sus corazones y fían al poder de Dios el fruto de sus trabajos; pero esta alegría se vió nublada con tinieblas de amargura en Marcial y Alpiniano cuando en Else, pueblo de su trayecto, murió su compañero Austricliniano.

■ Marcial, afligido por este contratiempo regresa á Roma, participa al apóstol príncipe lo sucedido y espera como sabe esperar la fé cuando todo se hace por la gloria de Dios. Pedro le manda emprender de nuevo su viaje, le entrega su báculo y le ordena que toque con él el cadáver de Austricliniano: así lo hace Marcial y el muerto resucita. Desde aquella época no tiene báculo el Romano Pontífice. El P. Croiset dice que, según S. Antonino, este báculo se guarda en una iglesia de Francia, y que cuando el Papa reside en aquella ciudad (¿Limoges?) usa de báculo pastoral. También el citado autor dice que San Marcial «vino á Francia acompañado de San Amador y de la Verónica, mujer muy familiar de María Santísima. San Amadeo hizo vida solitaria

*en una peña que hasta ahora se llama la Roca de San Amador, y la Verónica siguió á S. Marcial hasta Burdeos, donde predicó el Santo la palabra de Dios y convirtió gente innumerable á nuestra santa fé.»*

\*  
\*  
\*

Aunque la predicación de S. Marcial se extendió por varias provincias de Francia, su sede episcopal la fijó en el Lemosín, país rico y abundante, según Pedro Bericio, y patria de esclarecidos pontífices como son Clemente é Inocencio los sextos de este nombre, Urbano 5<sup>o</sup> y Gregorio 11. Confina al Septentrión con el Ducado de Berry, á Oriente con el Borbonés, al Sur con la Aubernia y al Occidente con la Guinea. Su capital es Limoges, llamada Rastiató por Ptolomeo, que la pone en Aquitania.

Si bien Cicerón dice que los Galos no tenían religión alguna, Tito Libio asegura que eran cuidadosos del culto divino; Julio César dice que honraban á Mercurio, Apolo, Marte, Júpiter y Minerva; Lactancio, Minucio y Lucano añaden á esos dioses otros que también veneraban los Galos, y el gran Obispo de Hipona en su «Mística Ciudad de Dios» añade que llamaban Dusios á ciertos espíritus inmundos.

Á sus divinidades sacrificaban, como dice Julio César, animales y hombres, entre otras muchas cosas; y si bien es cierto que el emperador Tiberio prohibió tan repugnantes sacrificios, Eusebio Cesariense, sin embargo, se queja de que aun duráran

en su tiempo, esto es, durante el Imperio de Constantino el Grande.

Dos clases de personas eran entre ellos las más respetadas: los Caballeros, que se cuidaban exclusivamente de lo concerniente á las guerras y los Druidas, que estaban encargados de los sacrificios tanto públicos como privados: hombres, estos últimos, petulantes y orgullosos, como escribe Pomponio Mela, que se preciaban de saber la grandeza de la tierra y los movimientos de los astros, intérpretes de la voluntad de sus dioses y maestros de la nobleza.

La magnificencia y suntuosidad de sus funerales era proverbial: arrojaban al fuego donde se quemaba el cuerpo del difunto todo lo que más había amado en el mundo; y concluidas las exequias, los criados que más habían estimado al muerto se entregaban á las llamas de la misma hoguera, demostrando de este modo su respeto y sumisión al finado. Supersticiosos, como lo es siempre la idolatría, pasaban las noches junto á las cenizas de los nobles para oír de ellos algún oráculo, y se valían de la yerba llamada Berbena para sus sortilegios. Tal era el estado de las Galias cuando fué á ellas San Marcial.

\*  
\* \*

Llegó nuestro Santo á la provincia de Lemosín y entró con sus compañeros en Tulo, hospedándose en casa de Arnulfo, hombre acomodado y rico, el



cual tenía á su hija única, poseida del demonio. Marcial conjura al espíritu malo que salga del cuerpo de la doncella y al momento queda libre de aquella infernal posesión.

Nerva, señor de Tulo, de la estirpe de Nerón, tenía un hijo, al que el demonio le quitó la vida: Marcial llora con los padres del muerto, ruega al Señor, toma la mano del difunto, le manda que se levante en nombre de Jesucristo y el joven se levanta en medio de la admiración de los circunstantes: pide al Santo Obispo que le bautice y obedeciendo á sus mandatos declara lo que ha visto en el Infierno. La muchedumbre allí presente, al oír su relato, abjura de la idolatría: y después de instruirse en la fé recibieron el bautismo 3600 personas, merced á los trabajos apostólicos de S. Marcial.

Después de predicar la verdad evangélica y obrar numerosas conversiones en Tulo, se dirigió á Ergedio, cuyos habitantes pagaban también tributo de adoración á los dioses del Paganismo. Los sacerdotes de los idolos que sustentaban los errores del engañado pueblo, al oír la predicación de Marcial contra la superstición y persuadiendo la necesidad del bautismo para conseguir la eterna gloria, montaron en furor y le maltrataron sin que le arancaran la menor queja tantos ultrajes y denuestos, pues tuvo muy presentes estas palabras de su Maestro: «*Si alguno te hiriese en alguna mejilla, ofrécele la otra: si te saliere al encuentro algún gladiador con la espada desnuda, abaja la cerviz para recibir el golpe.*»

El Santo pide al Señor que libre de la tribulación que le rodea, y sus perseguidores, los sacerdotes de los ídolos, son castigados al momento por el Cielo con repentina ceguera. Postrados estos ante Mercurio, le suplican que les cure, pero inútilmente: se dirigen después á las aras de Júpiter con la misma súplica, pero también es en vano. El idolo habla por permisión divina para reprocharles las injurias que habían multiplicado sobre el siervo de Dios; y confusos y arrepentidos, persuadidos del poder estéril de sus dioses, se dirigen á Marcial pidiéndole perdón por sus ultrajes.

Marcial los recibe con la benignidad propia de su dulce carácter y, por su mediación, el Cielo les restituye la vista. Se hace seguir de ellos para darles un testimonio más claro de la fé que predicaba: llegan, acompañados del pueblo, á la estatua del Júpiter y á presencia de la multitud el Santo mandó al espíritu maligno, en nombre de Dios, que saliese de aquella piedra y la hiciese al momento pedazos, como, en efecto, se realizó; quedando atónitos los gentiles del poder que el Dios de los cristianos había concedido á su siervo, todo lo cual cedió en aumento de la fé, llevando este prodigio á las aguas bautismales más de dos mil personas, y siendo esto motivo para que un opulento de la población, parálítico de algunos años, pidiese á S. Marcial y obtuviese por su intercesión el uso de los miembros, de que se veía privado.

Dedicado sin descanso á su ministerio en Erge-

dio, el Señor se le apareció mandándole entrar en Limoges y prometiéndole sus auxilios para pelear sus batallas. Marcial reúne á los fieles, que eran ya muchos en número, les exhorta á que practiquen las virtudes cristianas y se armen del escudo de la fé para resistir á sus enemigos, y se despide de todos para dirigirse con sus compañeros á Limoges, en cuya ciudad fué hospedado en casa de una nobilísima matrona llamada Susana.

Su infatigable celo no le dá un momento de reposo y á todas horas se escucha su predicación que confirma continuamente con milagros: en el palacio de Susana cura á un frenético y bautiza á la señora y á su hija única llamada Valeria, la cual mereció después el honor de los altares. La servidumbre de la casa, que era numerosa, sigue el ejemplo de Susana y de Valeria; y sólo en aquel palacio reciben las aguas del bautismo seiscientas personas.

Nueva persecución sufrió con este motivo por parte de sus enemigos, los cuales, después de azotarle, le encerraron en lóbrega cárcel, sujeto con fuertes cadenas. El Santo eleva su oración hasta el trono del Altísimo, y la oscura cárcel queda bañada de luz, se rompen las cadenas que le aprisionaban y se abren de par en par las puertas pertrechadas con fuertes cerraduras.

Ante esta extraña novedad los carceleros se arrojan á sus pies, le piden que les libre del error y que les bautice en nombre del Cristo, en quien yá creen.

Limoges se vé amenazada por un terremoto ho-

rrible que hace bambolear todos sus edificios: fór-  
mase negra tempestad que llena de espanto á sus ha-  
bitantes: el rayo cruza en mil encontrados giros, y  
resuena el trueno con fragor espantoso, como si em-  
pezara una de esas catástrofes que reducen á pave-  
sas toda una comarca. Los paganos despavoridos se  
acogen en los templos de sus ídolos, pero los pontífi-  
ces de los falsos dioses que habían atormentado á  
Marcial, Alpiniano y Austricliniano no pudieron huir  
del fallo de la Justicia divina, sino que murieron al  
golpe de un rayo despedido por la mano vengadora  
del Eterno.

Los que sobrevivieron al castigo comprenden que  
todo es efecto de las iras del Cielo y suplican á Mar-  
cial que apacigüe los elementos y abrazarán, porque  
están dispuestos á ello, la ley nueva que predica.

Aprovechando el Santo la ocasión que el Señor  
le brindaba para dilatar el reino del Evangelio y des-  
pués de fervorosa oración, se dirige al lugar en que  
se encontraban los cadáveres de los sacerdotes idó-  
latras, á los cuales les manda en nombre de Jesu-  
cristo que digan á los circunstantes lo que deben ha-  
cer para alcanzar la gloria eterna; y una voz que pa-  
rece de ultratumba dice así. «*No hay otro Dios en  
el Cielo ni en la tierra que el que predica Marcial,  
hombre inspirado por El.*» Efecto de este milagro  
fué la conversión de veintidos mil personas que cre-  
yeron en Cristo y que vieron con regocijo hacerse pe-  
dazos las estátuas de sus mentidas divinidades.

Uno de los convertidos en esta ocasión fué Aure-

liano, consagrado después obispo y sucesor de S. Marcial en la silla de Limoges, que escribió para memoria de la posteridad las conversiones que hizo y los milagros que obró su padre y maestro Marcial, cuyas actas sirvieron de pauta al sabio y virtuoso P. Miguel García y Vera, catedrático de Teología en el colegio de la Compañía de Jesús de Zaragoza para escribir en el año 1802 una obra que tituló: «*Vida y milagros del glorioso S. Marcial, discípulo de Cristo y apóstol de Aquitania,*» en cuyo libro se ha inspirado el autor de este modesto trabajo.

\*  
\* \*

La caridad, el celo y el temple de una alma como la de nuestro Santo no sabe reposar en la inacción; necesita obrar, difundirse, ensancharse con el trabajo que redime, que purifica y salva. Por eso de Limoges pasa á las riveras del Garona á continuar sus tareas apostólicas, fijando accidentalmente su residencia en Mauricauia, desde donde pasó más tarde á Ausiaco; y en ambos puntos vió con santa alegría inclinar su cerviz al suave yugo del Evangelio á gran número de gentiles.

En el año catorce del imperio de Nerón, á contar desde las calendas precedentes de Enero al uso romano, tuvo S. Marcial revelación del martirio y de la muerte de los santos apóstoles Pedro y Pablo; y deseoso de dar á su Maestro el testimonio de su gratitud, erigió en su honor una capilla en el templo que sobre el sepulcro de Santa Valeria se había

levantado al proto-mártir S. Esteban, á fin de que la Francia pagase también el homenaje de su adoración al que por orden del Cielo les había enviado evangélicos obreros. Este templo era suntuoso, observándose en él esplendente magnificencia y ostentando sus riquezas la piedad y la devoción que inspiraron aquel cristiano monumento, fabricado á espensas del opulento Estefano, aspirante á la mano de la joven Valeria y convertido á nuestra santa fé por la tierna Virgen y por el santo Obispo.

San Marcial señaló á Andrés, compañero de Aureliano, á Hidilvertó, hijo del príncipe de Potiers y á treinta y seis eclesiásticos más como ministros que celebrasen en aquel templo el oficio divino y tuviesen cuidado de promover el culto de Dios; y Estéfano, magnifico siempre en sus liberalidades, les señaló rentas para que viviesen con decencia y sin que el cuidado de las cosas humanas estorbase su religiosa atención á las divinas.

En la consagración de este templo, á que acudieron fieles de todas las regiones de las Galias, celebró la santa Misa S. Marcial, y el Señor demostró su agrado á la innumerable concurrencia haciendo aparecer su gloria en un clarísimo resplandor que inundó toda la Basílica, y en especial alrededor del santo Obispo, que se veía circundado de una luz que bien pudiera haberse tomado por los rayos esplendorosos de la Majestad divina. Al tercer día de la consagración juntó S. Marcial á los cristianos que habian asistido á la solemnidad, les exhortó á que

vivieran unidos en la fé y á que copiaran de Cristo la mansedumbre, la longanimidad y la pureza de cuerpo y alma, como hombres que habían recibido el bautismo Después ofreció por la multitud el incruento Sacrificio y concluyó aquella fiesta cristiana dando á todos su bendición apostólica.

\*  
\* \*

Satisfecho el Señor de los trabajos de S. Marcial en la propagación del Evangelio, quiso premiarle en sus desvelos sacándole de este mundo de iniquidades y ciñéndole la corona de beatitud que se había labrado con su apostólico celo.

En el año 41 de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, tercero del imperio de Vespasiano y Olimpiada 112, estando nuestro Santo en oración se le apareció el Señor, circundado de los rayos de su Majestad, anunciándole su próximo viaje á la Salem celestial

Marcial siente dentro de sí un júbilo indescriptible, semejante al éxtasis, y en su frente serena puede verse ya un destello de la gloria Convoca á sus discípulos para comunicarles el júbilo que le embarga por la nueva que le ha sido dada de que irá á habitar muy en breve á la casa del Señor: *Lætatus sum in hiis quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.*» Esta noticia causó sentimientos de tristeza no sóloamente en sus discípulos, sino en los fieles todos de Narbona, Aquitania, el Lemosín y la Gascuña, los cuales corrieron presurosos á reci-

bir la bendición y las últimas palabras de su amado Prelado.

Acercándose ya el tiempo de su muerte salió un día, seguido de los fieles, fuera de la ciudad, y aunque su corazón rebosaba santo consuelo al ver como producía frutos de vida eterna la doctrina del Crucificado, se sintió conmovido al pensar que tenía que separarse de aquellos sus hijos á quienes tanto amaba.

Les recuerda las verdades que en diversas ocasiones les predicara; les recomienda que perseveren siempre en la fé recibida para que no queden confundidas sus esperanzas, á fin de que no se glorie el espíritu infernal de haberles vencido. Les habla de la unidad de Dios y de la Trinidad beatísima, de la encarnación del verbo en las entrañas purísimas de María, de la redención del hombre ingrato á su Criador, la obra colosal llevada á cabo por el que es á un tiempo mismo Dios y hombre verdadero.

No solo les amonesta á que conserven la fé recibida sino que den testimonio de ella en sus obras; y que huyendo de la soberbia, principio y raíz de todo pecado, abracen la humildad que conserva unidos los bienes de la gracia: les encarece la misericordia con los pobres y peregrinos, enalteciéndoles el premio que recibió la misericordia de Abrahám y la de los discípulos de Emaús: les encarga el ejercicio de la caridad y les recuerda la parábola del rico Epulón; que huyan de la avaricia, negociando únicamente las riquezas del Cielo; que sean castos



sujetando á la obediencia del espíritu la rebeldía de la carne; y que vivan en santidad y justicia porque han de dar á Dios estrecha cuenta de todas sus obras; y dicho esto bendijo á todos los circunstantes por última vez.

Trasladado después, según su voluntad, á la iglesia del proto mártir S. Esteban, donde quiso morir, se entregó á la oración esperando su último momento. Los fieles que le rodeaban, no pudiendo contener sus lágrimas, dejaban llegar hasta S. Marcial sus tristes acentos, acentos que él consolaba con palabras de vida eterna, y así pasó el tiempo hasta que una luz más pura que la del sol resplandeció en la Basílica, mientras la voz del Esposo celestial llamaba á su alma hacia el reino de las claridades eternas, por cuyas puertas entró acompañado de un ejército de bienaventurados, ocupando entre los elegidos el asiento á que se hizo acreedor por sus virtudes durante su larga peregrinación sobre la tierra; durmiéndose en el Señor el año 74 del Nacimiento de Jesucristo.

\*  
\* \*

Tal es, á grandes rasgos, la vida del glorioso San Marcial, discípulo de Cristo y apóstol de las dos Aquitanias, pastor vigilante que alimentó su rebaño con pasto de salud y aguas de sabiduría, apartando á los fieles de los prados de la concupiscencia y de las fuentes del vicio; obrero y labrador del campo del Señor, cubierto un día de malezas y que culti-

vado después con sus sudores y trabajos dió abundantes frutos de buenas obras y cosechas de las más preciosas virtudes; obispo que, colocado en la eminencia de su dignidad, era luz esplendente que alumbraba á sus hijos con los rayos de su santidad y nube de benéficas lluvias que fertilizó la tierra con su doctrina; y guerrero, en fin, que acreditando su nombre con gloriosas victorias, adornó sus manos con inmortales palmas y su cabeza con merecidos laureles.

Justo era, pues, que el Cielo recompensara sus trabajos en la defensa y propagación de la fé, como efectivamente lo hizo; pero justo es también que protestemos nosotros nuestro agradecimiento al Dios de los cristianos por habernos dado en S. Marcial, aquel niño que llevaba los cinco panes y dos peces con que el Señor alimentó á las turbas, un abogado contra las epidemias, las intermitentes, perlesía, ignis sacer, ceguera, mudez, sordera y toda clase de dolores; que libraba á los posesos de la tiranía del demonio; que socorre en incendios y tempestades; que quiebra las cadenas de los encarcelados; que derrama paz celestial en las familias, pueblos y naciones que se la piden; que nos decide á lo más bueno cuando titubeamos en alguna elección, pero que castiga también, por permisión del Cielo, la impureza, el trabajo de los días festivos, el robo y la blasfemia, como puede verse más detalladamente en la obra que dedicó al Santo el sabio jesuita ya citado P. García y Vera, el cual refiere

también muchos de los milagros que S. Marcial obró tanto durante su vida como después de su muerte; milagros de que no debemos dudar, sino negamos toda fé á las piadosas tradiciones que han llegado hasta nosotros

Téngase presente, además, que cuando el Señor quiere llevar las luces de la fé á los reinos de la idolatría, adorna á sus enviados con la plenitud de su potestad; y que en los principios de la Iglesia los milagros casi dejaban de serlo por ser tan frecuentes y comunes.

**A. M. D. G.**



Q. U. E. M. A.

=====



